

## RAYAS DE PENTAGRAMA

Una loca desdentada de ojos azules saltones daba gritos por las calles, tarareando las melodías inconexas de las emisoras de su radiocassette. Las canciones saltaban de una a otra, hiladas por la mente caótica de la enferma. En su paseo por la ciudad las melodías alienantes llegaron a los oídos del viejo artista de la guitarra. Su ventana de un primer piso se abría de par en par exhibiendo copias de cuadros renombrados. Sentado en una esquina de la salita, mirando a la ciudad, el anciano músico tocaba una desvencijada guitarra de cuyas deshilachadas cuerdas se evaporaban sonidos clásicos. El melancólico canto de la guitarra se mezcló con el chillido del claxón del coche del impaciente funcionario que transitaba por la avenida de la gran urbe. El asalariado había hecho de su vehículo una pequeña discoteca. Los sonidos más machacones se daban cita a las horas de tránsito que le habían sido estipuladas. El funcionario regresaba por la tarde a su trabajo. En su despacho dos grandes bafles se asomaban rayando el techo. El equipo de música se encendía cada vez que entraba en el pequeño habitáculo. Con el paso del tiempo había desarrollado la difícil habilidad de realizar dos acciones a la

vez: Una era el cumplimiento de lo que para él suponía su monótono y pesado trabajo y otra la creación de un extenso paraíso a su medida. Un paraje idílico que no tenía limitaciones. Su oasis de paz era un cuadro que envolvía todo su mundo. Soñaba con ser otro, con llevar una vida completamente distinta, la de un artista bohemio. Ahora lo único que tenía era una cartilla de la seguridad social que acreditaba sus años de cotización . El sabía que ,ciertamente, su vehículo más rápido no era el potente Volvo que se había comprado recientemente, sino la música, que lo transportaba a través de paisajes llenos de belleza y verdad. Esa belleza y verdad que tanto echaba en falta en el mundo que le había tocado vivir.

Tras una larga jornada vespertina, el funcionario regresaba a su casa por el itinerario acostumbrado. El sofocante calor del verano hizo que abriera las ventanas de su automóvil. De pronto, cerca de una plaza de pesadas palomas, oyó el sonido de una guitarra clásica. Miró hacia su derecha y divisó a un hombre viejo con cara de desamparo tocando la guitarra asomado a la ventana. El viejo de la guitarra se dio cuenta de que por primera vez alguien prestaba atención a su arte . El funcionario seguía ensimismado mirando al viejo y el anciano se crecía en sus melodías ante el inesperado espectador. El medio minuto

que estuvo esperando el hombre a que el semáforo se abriera mientras contemplaba al viejo y los treinta segundos que el anciano se sintió observado fueron los momentos más mágicos que los dos hombres habían vivido en toda su existencia. El guardián eléctrico abrió el paso y el funcionario se fue no queriendo irse de aquel oasis en medio de la ciudad que tenía por palmera a un viejo y por agua a la guitarra. El anciano decidió retirarse de la ventana al ver que su único admirador se había marchado . Dejó la guitarra encima de los artilugios con los que pintaba y se fue apoyado en un bastón lentamente hacia la cocina. Su casa era un auténtico caos. Las cosas estaban dispuestas en un infernal desorden propios de los efectos de una guerra que arrasa y destruye la precaria armonía que los hombres se empeñan en alcanzar. Mientras preparaba su austera cena , hacia balance de su pobre y oscura vida. Siempre había soñado con ser un artista renombrado. Un ser que por su sensibilidad y talento se ganara los corazones de las personas que lo rodeasen. Pero sus sueños , para su desgracia, nunca se vieron realizados. Ahora pasaba su vejez soñando con ser el destello más brillante de las luces que alumbran un escenario hacia el que se emiten halagos y gritos de aclamación en cientos de labios dibujados. Mientras cenaba , el viejo oyó a

través de la ventana entreabierta unos sonidos estridentes y caóticos mezclados con una voz desorganizada de mujer. Llevado por la curiosidad, se dirigió hacia la ventana y observó cómo una mujer que parecía estar mal de la cabeza emitía risotadas extravagantes al vaivén de la música desacompasada. La loca se dirigía a dormir al manicomio de la ciudad. El viejo, ante semejante escena, se preguntó qué tendría esa mujer en su mente, cuáles serían sus sueños. Pero el viejo concluyó que la loca no tenía sueños o ,si los tenía, no sabía lo que soñaba , pues para eso estaba loca. Una lluvia mortecina comenzó a caer sobre la ciudad. La joven mujer caminaba bajo el agua dando voces, rompiendo el silencio de la oscuridad. Las gotas que resbalaban por su cabeza, como un líquido que se desparrama por un quebrado cristal, hicieron llegar como encabalgadas olas los recuerdos de sus baños de la niñez en un pueblo de mar. Cuando empezó a decir y sentir cosas sin sentido. Cómo su vida se rompió en mil pedazos. La imagen de la sangre que corría entre sus piernas y se diluía en el frío mar. Cómo los hombres abusaban de ella sin el menor remordimiento. Cuando la empezaron a llamar la loca del pueblo. El momento en que quedó preñada: Cómo sus ancianos padres la acabaron por mandar al hospital psiquiátrico .El momento en el que le

arrebataron al niño que parió con tanto dolor. Cómo los abusos continuaron hasta ese momento a cambio de sucias monedas del judas de turno.

Por fin , la loca llegó a su destino. El viejo hospital siquiátrico. La repetida noche dio paso al día sin sorpresas. La muerta viviente comenzó de nuevo uno de sus tantos paseos sin sentido por los vericuetos de la población. El funcionario muerto circuló con su Volvo por el mismo itinerario de costumbre, teniendo esperanzas de ver al viejo de la guitarra. Pero aquel viejo desvalido ya había muerto. Su última noche la pasó aspirando rayas de pentagrama para seguir viviendo.